

libertos, y éstos las repetían al pueblo; el cual, arrojándose, fuera de sí de alegría, fuera de las gradas, y gritando: « ¡Larga vida al César! » invadía la arena, allí cada cual hería á cuanto encontraba á mano, y se llevaba su presa (1).

Pero estas dos especies de caza eran excepcionales; pues la que usaban comunmente como más adaptable á los sanguinarios instintos de los romanos tenía un carácter muy diverso. La caza propiamente tal estaba llena de desgarradoras emociones y de lances terribles, por lo que tenía el interés de un horroroso drama. Era la lucha de la desesperación con la fuerza brutal y salvaje, el duelo del hombre y del tigre.

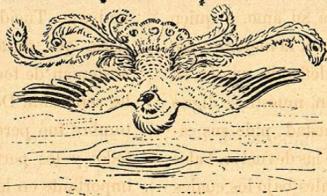
Hé aquí el modo como se realizaban estas cacerías objeto tan infame como era el de divertir á doscientos mil ociosos que lloraban y pedían gracia porque un elefante herido rechazaba las flechas con la trompa, y un momento después veían, sin inmutarse, como los infelices bestiaros caían despedazados bajo las garras de la fiera. Erán los *bestiaros*, ó reos condenados á muerte, ó cristianos, ó unos miserables que por afición se dedicaban á esta sanguinaria profesión. Casi del

(1) *Iminissi deinde populares, rapuit unusquisque quod potuit.*—Vopisco, *In Vita, Probi imperatoris.*

tudo desnudos, aguardaban en la liza, enteramente despojada, á que abriesen las jaulas de la cavea. Dada la señal y levantados los rastrillos de los subterráneos, salía el oso de su jaula con pesadez. El león, al contrario, se arrojaba al circo como una flecha (2).

El primero que se le presentaba delante era un bestiaro casi desnudo y armado con un simple palo. Con un ímpetu terrible, se echaba la fiera sobre aquel desgraciado, el cual, con gran sorpresa de los que por primera vez asistían á estos espectáculos, arrojábase al encuentro del león; y, cuando éste creía tener ya su presa, de un brinco pasaba el *bestiaro* á la otra parte, y si era diestro en este peligroso salto quedaba salvado, pues el león pasaba por debajo de él como un dardo. Otros, después de haber irritado y herido á un oso, se encaramaban al extremo de un mástil largo y flexible, y desde allí excitaban á su enemigo: los más atrevidos se envolvían con una coraza de cañas formando puntas; y arrollándose á los pies del león, lo mismo que los erizos, después de haberle provocado, le obligaban á retroceder sorprendido. Algunos revoloteaban, por decirlo así, entre los dientes y las garras de la fiera.

(2) Casiodoro, *Variarum, liber. V. in Epist. Theodorici regis ad Maximum.*



CAPITULO X

LOS PERROS EN LA ANTIGÜEDAD



ESDE la más remota antigüedad figura siempre el perro como compañero inseparable del hombre. Vive en su compañía, le ayuda en algunos de sus trabajos más sencillos en los tiempos primitivos; y, como pago del alimento y hospitalidad que recibe, se adhiere á su dueño. El perro reconoce en el hombre á su amo, á quien obedece con la mejor voluntad, le defiende, vigila su habitación, muéstrase digno de su amistad, pide sus caricias y se las devuelve. Tales

son los diversos aspectos más generales bajo los cuales se presenta el perro en los más antiguos monumentos de la poesía griega, en los cantos de Homero y de Hesiodo, figurando con los mismos caracteres, con el mismo papel que se le ve desempeñar en todas las partes donde se le ha encontrado; que es lo mismo que decir casi en toda la tierra.

El perro aparece así como domesticado después de largo tiempo, pero conservando á menudo, en la misma sociedad del hombre, el humor feroz, huraño, agresivo, con cierta mezcla de la poltronería que reina en el

estado salvaje, como sus congéneres el lobo y el chacal. Con frecuencia se le ve, también, andar vagando en manadas numerosas, como todavía se encuentran en algunas comarcas, particularmente en Oriente. Compararía el can con ciertas aves, los cuervos y los buitres, el cuidado de desembarazar á las poblaciones y á las campiñas de los despojos abandonados. Se echaba también á los perros á aquellos desgraciados á quienes por odio ó menosprecio se les negaba honores fúnebres. Esta odiosa costumbre fué restringiéndose poco á poco, sin duda á medida que las costumbres se suavizaron; sin embargo, Tucídides refiere como una cosa extraordinaria que, durante la peste de Atenas, los perros se abstendrían de tocar los cadáveres que yacían sin darles sepultura. Después de esta época, esta salvaje costumbre fué perdiéndose, aunque no desapareció del todo; y los perros desempeñaron siempre un papel importante en la policía de los muladares de Oriente y de Italia. Los antiguos nos han legado, con mucha exactitud, la historia natural del perro, y estudiaron, con no menos escrupulosidad, su instinto, su inteligencia y sus costumbres.

Lucrecio nos ha dejado una viva é interesante descripción de la perra de los molosos; y también había observado que la manera ligera del dormir del perro, descrita antes por Homero, y sus sueños, eran muy semejantes á los del hombre.

Ha sido en todos tiempos encomiada la fidelidad

del perro, la amistad que profesa á su amo, su odio á los extraños, su afecto tierno y valeroso para sus cachorros, la increíble finura de su olfato y su admirable memoria, que le distingue de todos los animales; comprende su nombre, reconoce la voz que le es familiar, manifiesta su alegría meneando la cola, y su atención despierta levantando las orejas.

Refieren los autores una multitud de anécdotas que demuestran las excelentes cualidades de este animal.

En los tiempos más antiguos, los artistas se complacieron en reproducir la bella figura del perro. Según la *Odisea*, á cada lado del palacio de Alcinoo había un perro de oro y de plata, obra de Vulcano. El cuadro de la Yalasis, hermosa obra de Protogino, representaba á este cazador con un magnífico perro. Citábase aun en la antigüedad como una obra maestra del arte á un perro de bronce lamiendo su herida, que estaba colocado en el templo de Juno, en el Capitolio; y los guardianes de este edificio respondían con su cabeza de la conservación de esta obra de arte. Conservábase, también, un perro de Mirón de Eleuterio y á un cazador con su jauría, por Lisipo. Un epigrama de Macedonio menciona á un perro de caza, obra de Leucón, tan perfecta, que parecía como que iba á ladrar y á correr. Todavía nos quedan en este género varios notables monumentos, de algunos de los cuales nos ocuparemos en este capítulo.

II

RAZAS.—Las principales razas caninas conocidas hoy, existían ya en los primeros tiempos de Egipto y en la época de los grandes imperios asiáticos. Sin embargo, ni en las poesías de Homero, ni en las de Hesiodo, se describe ninguna raza en particular; lo que indica que se conocían varias, pero que aun no se había pensado distinguirlas, como se hizo más tarde, con los nombres de las comarcas de que procedían. No se observaban en cada individuo sino los caracteres generales, y descuidaban las diferencias poco marcadas, como sucede con las zorras, los lobos, etc.; lo único que se puede deducir, con alguna certeza, de estas añejas poesías, es que los perros á la sazón conocidos en Grecia estaban dotados de una agilidad y de una talla verdaderamente notables. Homero, que los compara con los animales salvajes, describe, á menudo, los

perros de los pastores disputándose la presa con los leones.

En estado de domesticidad, las cualidades naturales del perro se han desarrollado bajo la diversa influencia del clima, del alimento y de los ejercicios á los cuales se han aplicado. De aquí han nacido las diferencias en la forma y en las aptitudes, que se han perpetuado, y que también han aumentado por el cruzamiento; originándose de esto razas, nuevas especies más ó menos distintas. Los antiguos creían, también, haber observado cierta analogía entre el carácter del perro y el de los habitantes del país de donde eran originarios y en que vivían.

Aristóteles dice que las razas caninas son numerosas; pero ni él ni Plinio, que le tradujo, nos dan la lista, ni mucho menos la clasificación de tales razas. Opiano escribió á su vez, 150 años después que Plinio, que las razas de perros eran innumerables, pero la relación que hace es muy confusa, semejante á la que en la misma época hizo Pólux. Graciano Falisco había dicho también: «Hay perros de mil comarcas, y cada uno conserva el carácter de su país.»

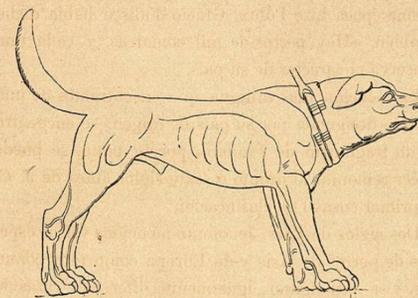
La mención más antigua que encontramos de una especie designada por su país de origen, se encuentra en un fragmento de Píndaro; por lo tanto, se puede hacer remontar al quinto ó sexto siglos antes de J. C. el primer ensayo de clasificación.

Dos siglos después, Jenofonte menciona varias especies de perros de Asia y de Europa como muy comunes, y se ven figurar, igualmente, diferentes razas de perros, en número de 2,400, en la fiesta dionisiaca de Ptolomeo Filadelfo, en el siglo III de nuestra era. Según estos documentos, completados con las indicaciones esparcidas en las obras, se puede intentar un ensayo de clasificación de los perros conocidos y dedicados á diversos objetos entre los griegos y los romanos.

RAZAS ASIÁTICAS.—Con motivo de las relaciones frecuentes entre la Grecia y el Asia, estas especies fueron conocidas en Europa, cuando menos desde las guerras médicas. Jerjes, según el testimonio de Herodoto, trajo con su ejército un gran número de perros indios. Las razas asiáticas son: la indiana, la cretense y la cariana.

RAZA INDIANA. (Variedades: médica, albanesa, hircaniana, carmana, siriaca, lidiana.)—Los perros de la India fueron pronto célebres en el Asia. Según Herodoto, era tan grande el número que se criaba para los reyes en la provincia de Babilonia, que existían cuatro grandes poblaciones del llano encargadas de su mantenimiento, por cuyo servicio estaban libres de todo otro impuesto. Creíase que los perros de esta especie pro-

venían del cruzamiento de la perra y del tigre, aserto que Buffón tenía por muy dudoso, y considerado por Cuvier como una fábula, destinada á dar más valor á estos perros atigrados y manchados, de los bracos, ó perros de muestra, que todavía vienen de las Indias, denominados *bracos de Bengala*. Es cierto que la talla, la fuerza, la agilidad y el valor de estos perros eran extraordinarios. Sopithés hizo un regalo á Alejandro de 150 de estos perros. Los de la Media, de la Albania Caucásica, de la Carmania y de la Hircania, tenían las mismas cualidades. Los perros de la Hircania merecieron figurar, por su belleza, al lado de los de la India en la fiesta báquica de Ptolomeo. Un rey de Tracia, Lisímaco, tenía un hermoso perro de Hircania, que fué tan fiel á su amo, hasta la muerte, que se arrojó en la hoguera para ser quemado con él. Jenofonte recomienda el empleo de los perros de la India para la caza de cachorros del ciervo y del jabalí. Eran de tal fuerza que podían

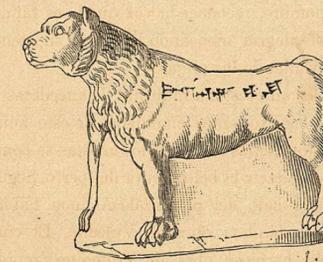


Perro indio

luchar con los leones y los elefantes. Difícil es decidir á cuál de estas variedades pertenecen los perros que se ven en los monumentos asirios. Unas veces en traillas; otras lanzados en persecución de los animales salvajes. Los unos parece que tienen más de mastín que de dogo, como éste que se ve aquí, según un mármol del Museo Británico, traído de la antigua Nínive: los otros, más gruesos y de alta estatura, y con los miembros enormes, tienen el cuello rodeado de pelos espesos como á modo de melena; el hocico es achatado; la cola se enrosca sobre sí misma; las orejas, ora son cortas, derechas, y otras son caídas. Tienen, en apariencia, cierta relación con la raza actual del Thibet, ó más bien son una mezcla de esta raza, que degenera pronto bajo la influencia de los climas cálidos, al igual que el perro precedente. Uno de los adjuntos grabados reproduce un mármol del Museo Británico, sacado de las ruinas de

Nínive, y otro un ladrillo encontrado en las ruinas de Babilonia que pertenece al mismo Museo.

En la época de Augusto se sacaba del país de los



Perro de Asia

Seres una especie de perros muy valientes, de una fuerza maravillosa, pero violentos y poco tratables.

Los perros de Lidia, designados en la relación de Opiano con el nombre de *magnetes*, de *magnesia* del Siplo, no son sino una variedad de los hermosos bracos de la India, y se les empleaba, como á estos últimos, en las grandes cacerías. Los perros de las comarcas vecinas á la Lidia, los de Colofonte y los de Castábalos, en Capadocia, no eran menos célebres.

RAZA CRETENSE.—Estos perros eran excelentes para la caza, y muy particularmente para la del jabalí. Elogiábase la finura de su nariz; ligeros, ardientes y belicosos; eran infatigables en las carreras por la montaña; se les consideraba como capaces de luchar



Perro de Asia

con los osos y otros animales feroces de la misma fuerza. No había jauría completa sin un buen can